

Sagradas Escrituras. Colocó debajo del celemín la infidelidad de los judíos y el crimen de deicidio: «No se puede imputar ninguna culpa ancestral o colectiva a los judíos, tomados como pueblo, por lo que se realizó durante la Pasión de Cristo». Sugirió que el judaísmo actual sigue siendo la descendencia de Abraham, padre de todos los creyentes; que los judíos son todavía «el pueblo del Testamento», Testamento «cuyo valor no ha sido anulado», confiriendo así un «valor propio y perenne» al Antiguo Testamento. En fin, decía que el judaísmo es una parte integral de la Iglesia, ya que cada judío es, inconscientemente, cristiano y hermano mayor nuestro: «Nosotros, los cristianos, reconocemos que la herencia religiosa judía es intrínseca a nuestra propia fe. Ustedes son nuestros hermanos mayores».

Otra prueba de la falta de caridad heroica en Juan Pablo II la constituye lo que Santo Tomás llama *escándalo teológico*, es decir, «*palabras o acciones que ofrecen a los demás una ocasión de caída*». En este sentido Juan Pablo II:

- En vez de pretender convertir las almas a la religión católica, promovió habitualmente el respeto por las demás religiones (piénsese tan sólo en el acto de Asís de 1986), cayendo en el peligro de promover también sus errores.
- Participó frecuentemente en los cultos falsos ofrecidos a los falsos dioses.
- Con su ejemplo, invitó a los católicos a despreciar la ley eclesiástica, especialmente participando en cultos falsos y en misas papales excéntricas.
- Desalentó reiteradamente la conversión a la verdadera fe.
- Por sus actos repetidos de pedido de perdón, humilló y denigró la imagen de la Iglesia ante los ojos del mundo.

Conclusión.

¿Qué hemos de concluir respecto a la santidad del difunto Pontífice? Que fue un hombre de Iglesia que cantó **la gloria del hombre** en lugar de predicar a «*Jesucristo, y este crucificado*». No brillaron en él, por consiguiente, las virtudes teologales, esenciales en el cumplimiento del ministerio petrino. Al contrario, fue el líder de Asís, esto es, del ecumenismo anticatólico y apóstata; fue el heraldo del Concilio Vaticano II, que el Cardenal Ratzinger calificó como «*la Revolución francesa dentro de la Iglesia*». **Canonizar a Juan Pablo II equivale a canonizar el Concilio Vaticano II**, causa primera de los males que actualmente afligen a la Iglesia.

Por esa razón no podemos reconocer a Juan Pablo II como beato ni como santo. Rogaremos, sí, por el eterno descanso de su alma, y rezaremos también por su actual sucesor en el Trono de Pedro, pero para pedir que abandone la enseñanza de su predecesor y vuelva a la Tradición, que es la única que puede devolver a la Iglesia todo su esplendor, y restaurar el Reino de Cristo en las almas y en el mundo entero.

La canonización de Juan Pablo II

Más de un millón de personas asistió a la beatificación de Juan Pablo II en Roma el 1 de mayo de 2011. Esta inmensa reunión fue la respuesta al clamor que se oyó el 8 de abril de 2005, día del entierro de quien tuvo el tercer pontificado más largo de la historia: «*¡Santo súbito!*», gritaba la multitud. Y ahora el nuevo Papa Francisco anunció la canonización del supuesto Beato Juan Pablo II para el 27 de abril de 2014.

Mientras en el mundo entero se levantaba inmediatamente un concierto de aprobación, la Fraternidad Sacerdotal San Pío X presentaba a Roma sus graves objeciones contra la santidad del Papa Juan Pablo II, que causó más destrucción en la Iglesia que todas las revoluciones y persecuciones de los tiempos pasados. Por eso cabe preguntarse: ¿Puede ser canonizado un Papa como Juan Pablo II?

Para examinar correctamente la cuestión, conviene saber que, para la Iglesia católica, la santidad consiste en la práctica constante y heroica de las virtudes cristianas, esto es, de las virtudes coronadas por los dones del Espíritu Santo. Si en el proceso de canonización de alguien se probara que sus virtudes carecieron del modo heroico de los dones, automáticamente se interrumpiría el proceso, y aun se clausuraría para siempre. En el caso de Juan Pablo II, las virtudes, para ser heroicas, especialmente en sus deberes como Papa, deberían haber cumplido lo que el Señor pidió a Pedro, de «confirmar a sus hermanos en la fe» (Lc. 22 31), y esto hasta el heroísmo, conforme al criterio según el cual «la Iglesia de Cristo, diligente custodia y defensora de los dogmas a ella confiados, jamás cambia, ni disminuye, ni añade nada en ellos».

Examinemos, pues, al menos las tres virtudes teologales, para ver si cumplen con los requisitos para una canonización. Si Juan Pablo II hubiese desnaturalizado la esencia de esas virtudes, necesariamente se habría equivocado en la práctica cristiana de las mismas, y de ningún modo se lo podría considerar como un santo, ni siquiera como un buen católico.

1º Fe en el hombre, perspectiva fundamental para la Iglesia.

Todo cristiano, especialmente en los peligros actuales contra la fe, esperaría ver al Papa en la práctica heroica de la virtud teologal de fe, recordando a tiempo y a destiempo las enseñanzas perennes, y salvaguardando el depósito confiado a Pedro. Por desgracia, Juan Pablo II dirigió la barca de Pedro por caminos nove-

dosos muy peligrosos para la fe, asumiendo la corrupción doctrinal propia de los modernistas del siglo XX.

Por empezar, la fe de Juan Pablo II estuvo centrada en el hombre: «**La Navidad es la fiesta del hombre** [...] *Este mensaje se dirige a cada hombre, precisamente en cuanto es hombre, a su humanidad*». Esta teología antropocéntrica permaneció sin cambios durante décadas y se hizo más clara todavía en los últimos años de su pontificado. Para Juan Pablo II, la Revelación divina sólo consiste en **la revelación del hombre al hombre**; la Redención de Cristo justificó a todos los hombres, haciéndolos conscientes de su dignidad: «*El Hijo de Dios, por su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre, lo sepa o no lo sepa, lo quiera o no lo quiera*». Así, Dios envió un Redentor que «*revela plenamente el hombre a sí mismo*», invitándolo a encontrarse con Cristo, que por su acto redentor ha unido a todos los hombres consigo mismo para siempre.

Conforme a esta nueva enseñanza, el Papa Juan Pablo II difundió tesis incompatibles con la doctrina católica:

- *En cuanto a la Redención, enseñó la **salvación universal**, ya que se aplica: a todos y a cada uno de los hombres; de modo perpetuo e inamisible; desde la concepción, cualquiera que sea el destino de cada uno.*
- *En cuanto al bautismo: la gracia santificante es el vínculo indisoluble entre todos los bautizados; **se halla en cada uno de ellos**, independientemente de sus disposiciones en el momento del bautismo; y el pecado no la destruye.*
- *En cuanto al pecado y la satisfacción del pecado por Cristo: **el pecado no ofende a la justicia divina**, es sólo «una incoherencia en la conciencia del hombre»; en su pasión, **Cristo no satisfizo verdadera y propiamente a la justicia divina**; estrictamente hablando, **en el Juicio final Dios no condenará a los réprobos**, y nadie está siquiera seguro de que haya alguien en el infierno.*

2º Esperanza de la unificación de la familia humana.

Juan Pablo II se esforzó en sostener las esperanzas de la humanidad en el paso al tercer milenio, haciéndose llamar «*el mensajero de la esperanza*». Pues bien, esta esperanza se centró también en el hombre, y su meta fue cumplir «*la expectativa de un mundo más humano, enraizado en el reconocimiento universal de la **dimensión trascendente del hombre***».

El objeto de la nueva esperanza de Juan Pablo II fue sobre todo temporal. Su «sueño» era promover el advenimiento de una «**civilización del amor**», una respuesta a «*la imperiosa necesidad de las naciones a soñar con un futuro de paz y prosperidad para todos*». Según él, este sueño empezó a hacerse realidad en Asís:

«El sueño de la familia humana lo hice mío cuando, en octubre de 1986, invité a Asís a mis hermanos cristianos y a los líderes de las grandes religiones del mundo para rezar por la paz... Se presentó ante mis ojos un gran espectáculo: todas las naciones del mundo acudiendo como peregrinos, desde diferentes lugares de la tierra,

para reunirse cerca del único Dios como en una sola familia... Todos pueden darse cuenta de cómo, en este espíritu, la paz entre las naciones no es una utopía lejana.

A fin de alcanzar una meta tan descabellada, Juan Pablo II explicó que la oración (respetuosa de los derechos de todos) y las distintas religiones fueron los medios de salvación y los medios para reunir la humanidad, ya que todas las religiones son medios para alcanzar la Divinidad, «*aun cuando pertenezcan a diferentes culturas y tradiciones*».

«Siempre he creído que los líderes religiosos desempeñan un papel muy importante para alimentar la esperanza de justicia y paz sin la cual no habrá un futuro digno para la humanidad».

Este fue el «*espíritu de Asís*», que reducía todas las religiones, incluida la católica, al servicio del «sueño» de Juan Pablo II. Las reuniones interreligiosas «*engendran un humanismo, o sea, un modo nuevo de mirarse unos a otros, de comprenderse, de pensar en el mundo y de trabajar por la paz*». De ahí el precepto imperativo que tanto la Iglesia como el Estado promuevan la libertad religiosa como un derecho inalienable de cada persona.

El Papa, apoyado sobre su teología antropológico-humanista, encontraba dos motivos de esperanza. El primero es que **Dios habita en el corazón de cada hombre**, por el hecho mismo de que, como persona, el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. El segundo es que **Dios quiere la unidad de todos los hombres**, tanto sobrenatural (o sea la salvación de todos) como natural (o sea la unidad y paz de la humanidad).

«La humanidad está llamada por Dios para formar una sola familia [...]. Dios ama a todos los hombres y mujeres de la tierra y les da la esperanza de una nueva era, una era de paz».

3º ¿Caridad de la verdad o amor filantrópico?

La caridad heroica debe incluir la práctica de las obras de misericordia, como la corrección de los que yerran para encaminarlos nuevamente hacia la salvación, y la caridad de la verdad hacia los infieles. *Si Nuestro Señor Jesucristo fue bueno con los extraviados y los pecadores, no respetó sus convicciones erróneas, por muy sinceras que pareciesen.*

Lamentablemente, la caridad que llevó a Juan Pablo II a recorrer el mundo no fue el celo de un San Pablo en ofrecerse a sí mismo en sacrificio por la conversión de su propia nación a Cristo, sino simplemente un pacto de amistad y amor hacia todas las religiones, especialmente el judaísmo.

Juan Pablo II mostró un respeto indebido de la religión judía, hablando de «los tesoros espirituales del pueblo judío», reconociendo «el valor del testimonio religioso de vuestro pueblo». Este falso respeto explica por qué nunca invitó a los judíos a convertirse a Cristo, soslayando «la sombra y la sospecha de proselitismo». Evitó cuidadosamente la afirmación de que Jesucristo es el verdadero cumplimiento de la